

Handel en Wandel van de Azteken, die sociale geschiedenis van voor-Spans Mexiko. Rudolf van Zantwijk. Assen (Holanda). Editorial van Gorcum, 1977, 246 p., más índices.

Es ésta una pormenorizada exposición de la organización de la sociedad tenochca desde sus albores chichimecas hasta su culminación imperial. Van Zantwijk tuvo que gastar varios años en la lectura de los textos etno-históricos en lengua nahua, a fin de penetrarse con la terminología de los autores indígenas y con el valor metafórico de varios giros idiomáticos de la lengua palaciega prehispánica, antes de emprender el estudio propiamente dicho que ahora nos ofrece.

En página 11 nos informa que el término "azteca" era aplicado en los documentos a todo grupo que consideraba suya la patria legendaria Aztlan. Por otra parte, se empleaba la voz "mexicano" para designar a los habitantes de la cosmopolita ciudad de Mexíhco o Tenochtitlan, cuyos idiomas principales eran el nahua y el otomí de sus fundadores, quienes eran de estirpe chichimeca.

A los "chichimecas" caracteriza (p. 40): tener un origen nortño y radicar en tierras poco aptas para el desarrollo de la agricultura, la cual practican en forma incipiente; en sus cultos tiene importancia el sol, la luna y el flechamiento de víctimas humanas, cuya viril sangre debe caer a la tierra para fecundarla. Esto los diferencia de los mesoamericanos.

Con "Mesoamérica" vertió Paul Kirchhoff el concepto *Mittelamerika* que los geógrafos alemanes emplean desde el siglo pasado para designar el territorio cultural de la agricultura intensiva, que cubre parte de *Zentralamerika* y parte de la república de México. A diferencia de los cazadores en vías de desarrollo, —como lo son los chichimecas—, los mesoamericanos sacrifican a sus víctimas acostándolas de espaldas, para extraerles el corazón.

Insiste el autor varias veces en que en las sociedades mesoamericanas prevalece el *dualismo* tanto en lo religioso como en lo social. A esto podríamos agregar nosotros la observación de que este rasgo no-nortño-chichimeca es encontrable igualmente en las sureñas sociedades amazónicas. La división dual domina a tal grado a los habitantes de las orillas e islas del Lago de Mexíhco que se transforma en la línea ineludible de la exposición del *Handel en Wandel* de la sociedad de Tenochtitlan. Dos son los orígenes étnicos de los fundadores, siendo de no poca importancia el elemento otomí (pág.

193). La descendencia es bilineal (p. 159). El comercio está a cargo de *dos* tipos de comerciantes, —los *pochtecas* y los *oztomecas* (p. 126). Los mismos nombres de familias y de barrios se encuentran en la ciudad de Cuitláhuac y en Tenochtitlan (p. 55), que se presentan como dos ciudades gemelas. Se echa de menos en el libro un satisfactorio tratamiento de la otra ciudad gemela de Tenochtitlan: Tlatelolco, recibíendose apenas la impresión de haber sido menos homocigótica que Cuitláhuac. A cambio de esta debilidad, van Zantwijk ofrece el apreciable aporte de haber desentrañado el misterio del par de términos *calpulli* y *tlaxicalli*, que hasta ahora había sido tomado por los autores modernos como simples sinónimos o variantes territoriales de “barrio”, por ejemplo por E. Calnek en su artículo en *The Valley of Mexico* editado por Eric R. Wolf en 1976. Nuestro autor descubrió que en realidad eran 13 cofradías religiosas de santuarios relacionados con los signos calendáricos (p. 150: rijen van 13 heiligdommetjes in het kader van de tonalámatl).

En las páginas 54 y 118 tenemos dos casos de debilidad metodológica que es frecuente en las obras mayistas y mexicanistas: el encapsulamiento de los autores y de una parte de sus lectores, todos ellos admirablemente especializados pero con frecuente pérdida de horizontes histórico-culturales. Van Zantwijk procura constantemente evitar el escollo del “tenochca-centrismo”, mas no pudo sustraerse completamente al influjo de sus colegas. Al referirse al origen heteroétnico de los tenochcas, alude a la heterogeneidad de sus dioses y a su fusión ulterior. La situación nos recuerda la del Egipto predinástico y podría tratarse tal vez en forma análoga: diversos niveles tecnológicos condicionan distintas superestructuras que van a co-incidir en un mismo territorio. Pero hay que observar algo más que fusión final: habría que tratar también la diversificación inicial postpaleolítica, sin temer rozar el “Urmonotheismus” desacreditado.

Por otra parte se necesita también una perspectiva no tenochca-centrista para hacer etimología nahua. Los tenochcas tenían la voz *teotl* “dios”, que el autor trata de derivar de *tē-* “piedra” y *-yō* “calidad abstracta”, más el sufijo nominal *-tl* que, como es sabido, es solución dialectal de la mucho más generalizada forma *-t*, en uso en el vasto territorio nahua. Para su propuesta partió de los elementos de juicio que le ofrece la gramática tenochca o, si se prefiere, del habla circun-tenochca, para llegar a esta “piedridad”. Pero la verdad es otra. La raíz no es **ti* > *tē* “piedra”. Estamos en presencia de un neologismo, en sustitución del étimo **masa* “sacro”, que sobrevive en lenguas yutonahuas de los EUA, en zoque-popoluca y, según ha sugerido David Kelley, en el nombre del dios Camaxtli. En el nahua de Acula (en el lindero entre Oaxaca y Veracruz), se dice

tau- y en lenguas yutonahuas de Sonora *tau* “dios”, “dios máximo”, “dios del sol”. De donde en Acuña *taúpan* “templo”. Es voz singénea de *tai* que en esas lenguas significa “lumbre”, y que reencontramos en el nahua dialectal con *tl* en las variantes *tlaitl*, *tleitl*, *tlitl*. La palabra *tēōtl* debe entenderse como una evolución fonética de **taū+t* “fuego remoto, celeste”, distinto de **tai+t* “fuego cercano, palpable” (de donde en náhuatl con *tl*: *tlaitl* “roza”). Están en juego aquí los dos sufijos *-ū* (vocal larga), *-i* (vocal breve), que respectivamente indican lo alejado y lo cercano. La raíz es **ta* “fuego”, y no **ū* “piedra”.

La presentación tipográfica de *Handel en Wandel* es agradable, con las correctas sangrías iniciales, que ciertas editoriales de otros países, —demasiado pendientes de las normas de la mecanografía comercial norteamericana—, están empezando a omitir, con el consecuente pésimo resultado para el lector. A cambio de las buenas sangrías, tenemos la insistencia de los impresores holandeses de colocar las notas al final de cada capítulo, frustrándose el lector cada vez que, después de haber encontrado finalmente las hojas con las respectivas notas, lee una y otra vez: *ibidem*. Aunque en los registros finales hay algunos errores, en el texto mismo vi una sola errata: la última palabra en página 43 “in ôtlīca inpan ôacicô in tlātlatecollô” debe ser tlācatecollô. Además, la penúltima palabra se oye en casi todas las aldeas como ôacicô. Por otra parte, en la página 197 el cajista puso las cuatro líneas iniciales de un largo cuadro, y prosiguió con las 16 restantes en la página siguiente. De esta manera el lector está obligado a coger un lápiz y a anotar en la página par izquierda, 198, las cuatro líneas en cuestión, para poder consultar ese cuadro.

De los varios aspectos de la vida social de Tenochtitlan que se estudian en esta obra, el autor dio un somero anticipo muy bueno en 1975 en “El origen de la sociedad y del estado azteca y la historicidad de las fuentes autóctonas. Una introducción, *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, número 18, páginas 4-14. A falta del libro algo voluminoso aquí reseñado, vale la pena leer en ese artículo la diferencia que el autor encontró entre los términos *mexicanos* y *aztecas*.

JUAN A. HASLER